

La Catedral

REMANSO DE PAZ, DE PIADOSO SILENCIO Y DEVOTAS PLEGARIAS. — LOS JUBILOSOS «TE DEUM» Y LAS ORACIONES FUNEBRES. — LA HUMILDAD DEL PRIMER TEMPLO HABANERO. — INCENDIO Y DERRUMBAMIENTO. — EL ORATORIO DE SAN IGNACIO. — LA CATEDRAL DE SAN CRISTÓBAL DE LA HABANA. — LA GENEROSIDAD DE UN HIDALGO SALMANTINO. — SANTA MARIA DE LORETO. — LA POBREZA DEL SEPULCRO DE COLON. — LA CUARTA INHUMACION DE SUS RESTOS. QUIETUD IMPERTURBABLE EN LAS TURBULENCIAS DE LA VIDA.

Son de solemne quietud, serena paz y devoto silencio los recuerdos que hoy desempolvamos. Dormían secularmente acurrucados, en las negruzcas grietas de los vetustos paredones, en los oscuros huecos y aleros de la vieja torre, en los fatigados badajos de las tundidas campanas, en las gastadas losas, las misteriosas urnas, los sagrados relicarios y los místicos altares de la Catedral de San Cristóbal de la Habana. Envueltos en albas nubes de incienso, en piadosas plegarias, en solemnes armonías de órgano, jamás fueron turbados ni por ansia sangrienta de conquista y de poderío, ni por los odios seculares entre amos y esclavos, ni por encarnizadas contiendas de bandos políticos, ni por enconados choques de clases sociales. Sólo capitulos de paz, de amor y de gloria se han escrito en las piedras de la Catedral para la historia de Cuba.

Por el vasto ámbito de sus naves han resonado los jubilosos «Te Deum» con que se han celebrado sus faustos sucesos, sus triunfos y sus venturas. Allí han retumbado gravemente dolorosos los responsos y las preces fúnebres que se han ofrendado al reposo eterno de los mártires de la patria. Por su púlpito han desfilarado con el verbo de sus panegíricos hecho luz y elocuencia los Agustín Caballero, los Valera, los Tristán Medina.

¡Cuán humildes sin embargo los preludios y los orígenes de la Catedral! Corresponden ellos a aquellos tiempos en que la Habana no era apenas en sus primeros latidos más que una aldea.

Sobre unos horcones, con un techo de guano y con un tinglado de tablas se levantó en los solares que hoy ocupa el edificio de la Capitanía General la primera y entonces única

iglesia parroquial que tenía la Habana. Iba ensanchándose y adecentándose a medida que tomaba forma de ciudad el poblacho de la Habana, cuando a mediados del siglo dieciocho fué volado el navío «Invencible» cerca del actual muelle de la Machina y dos de sus mayores pedazos se derrumbaron sobre el templo cuyas naves y paredes fueron ruinosamente resquebrajadas. Tan maltrecho quedó el sagrado recinto, que el Capitán General Francisco Güemes y Horcasitas, considerándolo un peligro público, ordenó su inmediata demolición. Sobre los terrenos donde hoy se levanta la Catedral, comprados por el Obispo Santiago Evelino de Compostela, habían levantado pocos años antes los Padres Jesuitas un convento de San Ignacio. A su vasto oratorio fueron trasladados por disposición del Obispo los vasos sagrados de la iglesia derruida. ¡Nombre glorioso después el del obispo Morell de Santa Cruz, que con esfuerzos incansablemente ahincados y ante la persistente resistencia de obstáculos insuperables para otro tesón que no fuera el suyo, embelleció y engrandeció dicho oratorio; laboró para que la residencia de los obispos diocesanos, entonces en Santiago de Cuba, se fijase definitivamente en la Habana y para que se levantase el edificio donde había de constituirse de una vez su Catedral!

La toma de la Habana por los ingleses desbarató los planes de la construcción del nuevo templo.

La expulsión de los Padres Jesuitas en 1767 estancó y demoró el engrandecimiento de la iglesia de San Ignacio. Pero, trasladado ya por fin desde Santiago de Cuba a la Habana el asiento catedral de Cuba, ¡con cuan generosa esplendidez, con cuánta magnificencia volcó las rentas propias y las de su prelación el rico hidalgo salmantino Don Felipe José Tres Palacios, Obispo de la nueva diócesis habanera para embellecer el citado templo y ponerlo al nivel de la creciente importancia de esta ciudad! Hasta entonces había tenido su templo. Ahora tenía ya su catedral.

Digno de codearse con él y con Don Evelino de Compostela, insigne entre los insignes, fué el obispo Don Juan de Espada y Landa que, reflejando la exquisitez de su gusto artístico en dicho templo, recordó lo que en él había de profusión barroca y le dió la majestuosa sencillez que hoy resplandece en su recinto.



La capilla más vistosa por sus adornos y la más venerada de las cuatro que rematan las dos naves laterales, es la de Santa María de Loreto, consagrada en 1755. Así lo expresa la inscripción siguiente:

«El Itmo. y Rev. Sr. D. Pedro Augn. Morell de Sta. Cruz, Dignmo. Obispo de Cuba Etca. consagró esta iglesia de la Santa Casa Lauretana de María S. S. en -VIII Sept. A.º de 1755».

El sepulcro que encerraba los restos de Colón es demasiado pobre y mezquino para la grandeza del Descubridor. Casi lo único que allí tiene algún valor, más por lo arqueológico que por lo artístico, es una pintura que se ve enfrente y cuya antigüedad se remonta a catorce años atrás del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Entre salvas de artillería, ante toda la guarnición que se extendía desde el muelle hasta la Catedral, ante las autoridades civiles y militares de la Habana y ante una inmensa muchedumbre desembarcaron estos restos en la mañana del martes 15 de Febrero de 1796. En pomposa procesión fueron conducidos a la Catedral y tras honras solemnes en las que pronunció una elocuente oración fúnebre el Padre Agustín Caballero recibieron su cuarta inhumación. (Habrán sido enterrados primero en Valladolid; luego en Sevilla; y después en Santo Domingo).

A la ruindad del sepulcro correspondían la ridiculez y el mal gusto de la inscripción siguiente:

«¡Oh restos e imagen del grande [Colón. Mil siglos durad guardados en la urna Y en la remembranza de nuestra nación!»

Contrasta con lo vulgar y lo pedestre de este epitafio el que, enalteciendo los altos méritos de Colón, le dedicó en latin clásico sobre esta misma tumba el obispo Tres Palacios, de imborrable memoria.

Hoy no yacen allí los zarandeados restos. Se perturbó por quinta vez su paz sepulcral. («Ya ni en la paz de los sepulcros creo») para trasladarlos a España al terminar la dominación española.

La Catedral continúa imperturbable en su vejez como tranquilo y sereno remanso entre las perpetuas turbulencias de la vida.

San Jer. 8/35
PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
C. LA HABANA